

RECENSIONES

Thomas WARD, *La resistencia cultural: La nación en el ensayo de las Américas*, Lima: Universidad Ricardo Palma, Editorial Universitaria, 2004, 414 pp., ISBN 9972-885-78-X.

En esta etapa histórica marcada por el denso fenómeno de la globalización, resulta necesario y alentador un trabajo como este, que pretende establecer y afirmar nuevas fronteras culturales delimitadas por la categoría de la heterogeneidad. Consiste en un estudio acerca del polémico concepto de *nación* a través de la obra de diversos ensayistas canónicos y de voces subalternas de América. Aun lejos de ser un objetivo central, son numerosas las referencias a textos de ficción, en muchos casos producto de los mismos autores estudiados.

En la introducción del libro se hace un repaso histórico de la idea moderna de nación, que parte del Renacimiento y llega hasta la posmodernidad actual. Esta reflexión arranca del escritor mestizo Inca Garcilaso de la Vega, quien elabora una particular idea de lo nacional articulado en un parámetro extraído del Imperio Romano, cuyo correlato sería el Tahuantinsuyo, tamizado por los ideales de la «república cristiana». Esta noción imperial se mantiene en el Siglo de Oro, así como en las guerras de independencia de Estados Unidos y de Hispanoamérica. De igual modo, la irrupción del romanticismo implicó el debilitamiento del unívoco poder imperial y el surgimiento de una nación fundada en la raza (el *Volkgeist* o espíritu del pueblo) que, en el caso hispanoamericano, puede apreciarse ya en el discurso de las mismas crónicas americanas para proseguir en la literatura posterior (Sigüenza y Góngora o Felipe Guamán

Poma). Este nuevo panorama va a generar en la Hispanoamérica del siglo XIX una sucesión de diferencias o disgregaciones nacionales que, paradójicamente, van a convivir con intentos de cohesión, como la confederación de estados americanos planteada por Simón Bolívar. Los nuevos nacionalismos tuvieron una repercusión en los distintos ámbitos de la política y, por supuesto, de la cultura. Con todo, se gesta el mito de «nación letrada», de la que quedan excluidas las culturas indígenas y el aporte africano, que en cierto sentido se mantiene hasta el siglo XXI.

De todas las variantes que componen el complejo espacio de América (etnias, razas, clases sociales y géneros), ya desde las primeras páginas de su estudio, *La resistencia cultural*, Thomas Ward reivindica la etnia como criterio en el que se debe fundamentar la nación. Y precisamente sobre esta base teórica antropológica —que supone cierta dificultad para el estudio— se asienta desde distintas perspectivas (afirmación o negación) el pensamiento de los autores anglo y latinoamericanos que se abordan en este libro.

Además, Ward considera necesario detenerse en el vocablo «América» y «americano» antes de explicar el concepto de nación, y señala que ni uno ni otro denotan etimológicamente o aclaran lo nacional, ya que provienen del explorador italiano Américo Vespucio. Por tanto, independientemente del uso de poder que se pueda hacer de este término, América se aplica, por oposición a Europa, a toda la realidad continental, sin particularidades de etnia o geografía.

El autor sostiene que el concepto de nación resulta en sí polémico y contradictorio, no en vano en este sentido asume la idea de José Antonio



Maravall de que la nación es «una de las formaciones sociales más difíciles de precisar», y en esta dificultad confluyen factores como los orígenes, su propia naturaleza y la evolución. Autores como E.J. Hobsbawm, Benedict Anderson (*imagined communities*) o Doris Sommer (*foundational fictions*) parten de una nación histórica, inscrita en el marco de las repúblicas independientes del XIX, pero que hereda principios anteriores, encaminados a instituir un modelo hegemónico sobre los individuos y sobre los pueblos.

Por otro lado, en este volumen Ward insiste en el proyecto nacional del siglo XX, que se materializa en las tentativas de integración de las diversas subculturas nacionales o locales latinoamericanas: la indígena, la africana, la asiática y las sucesivas culturas europeas. Los acontecimientos históricos desencadenados sobre todo a partir de la década del ochenta de la pasada centuria, la territorialidad y la globalización, y la consolidación de las bases interpretativas de la heterogeneidad y el multiculturalismo han generado un auténtico cambio de la *nación* (cultura hegemónica y culturas subalternas).

Cada capítulo del libro se detiene en el estudio de una de las cinco regiones que integran el continente americano: Río de la Plata, el Caribe, los países andinos, Mesoamérica y Estados Unidos, que responden a diferentes marcas culturales, así lo europeo, lo negro o lo indígena. De este modo, la travesía crítica de Thomas Ward constituye una progresión creciente que va desde el sujeto criollo en las letras argentinas del romanticismo, emblemáticamente representado por Sarmiento, hasta la cultura afroamericana de Estados Unidos, subyacente en la cultura dominante.

En primer lugar, el autor se detiene en la dicotomía romántica de Domingo Faustino Sarmiento civilización/barbarie (ilustración/naturaleza), que muestra la inquietud de este intelectual rioplatense por la nación. Este ideal sarmientino inventa una nación transatlántica y en definitiva un universalismo racional, que no considera al gaucho, al indio ni al negro, postura que era común en otros intelectuales de la Generación del 37, como José Mármol. Se hace además un repaso por figuras históricas del Río de la Plata que articulan su pensamiento conforme a este dual-

ismo originario, José Enrique Rodó y Ezequiel Martínez Estrada, nómina de pensadores que se prolonga hasta escritores recientes como el pragmático Mario Denevi y el contemplativo Luis Wainerman, si bien ambos de origen judío.

En «Dos reacciones antisarmientinas desde el Caribe» se analizan los idearios progresistas del portorriqueño Eugenio María de Hostos y del cubano José Martí. Ambos pensadores, «pragmáticos y realistas», desafiaron la bipolaridad, racional primero y luego positivista, de Sarmiento y defendieron una «nación natural», que resulta de la armonía del individuo con su medio. Asimismo, el autor del libro también rastrea esta postura romántica en la novela *Sab* (1841), de Gertrudis Gómez de Avellaneda, y en *María* (1867), de Jorge Isaacs.

El capítulo III, titulado «La nación peruana como polifonía», toma como eje lo indígena y, en tal sentido, aborda a cuatro escritores catalogados indigenistas: Manuel González de Prada, la adelantada Clorinda Matto de Turner (autora de la novela *Aves sin nido*, publicada en 1889, y de numerosos trabajos sobre historia peruana), José Carlos Mariátegui (*Siete ensayos de interpretación de la realidad peruana*, 1928) y José María Arguedas. Para este último, autor de novelas como *Los ríos profundos*, de 1958, o *Todas las sangres*, de 1964, y de abundantes ensayos antropológicos, Thomas Ward aduce que mejor debiera proponerse el término «mesticista», tomado de la aportación que da Gladys Vallières. Si en el pensamiento de los tres primeros escritores el factor económico determina la realidad nacional (con más énfasis sin duda en el marxismo de Mariátegui), será Arguedas quien vislumbre que la cultura constituye un modo de resistencia a la agresiva economía y a la globalización homogeneizadora.

En el penúltimo apartado, dedicado a Mesoamérica, se destacan algunas especificidades que, al decir del autor, diferencian a esta región de áreas como el Caribe o Río de la Plata: la pervivencia de las culturas indígenas y la revolución, institucionalizada, como la mexicana, o latente, como en Centroamérica. A través del estudio de tres pensadores mexicanos se analiza la conciencia nacional: José Vasconcelos (creador de «la raza cósmica»), Octavio Paz (quien pensó la «nación

mestiza» de México) y, finalmente, Rosario Castellanos, heredera de la postura étnica, quien introduce el factor del idioma y el género (la mujer) en la construcción de una nación.

En esta parte del libro se destaca también el género testimonial, entendido como una nueva modalidad de la ficción, que ha tenido amplia difusión en Centroamérica. Este discurso, bien en su escritura autobiográfica, bien en la forma etnográfica y colectiva, comparte con el ensayo algunas filiaciones, el elemento ideológico, la subjetividad, el carácter confesional o la proliferación de ideas, entre otros rasgos. Por tanto, habría que considerar el testimonio un tipo de ensayo o referirse al ensayo testimonial. Así, los postulados de personalidades como John Beverly, Linda J. Craft o Mabel Moraña quedan bien ejemplificados en el relato de dos sujetos subalternos: la india maya-quiché Rigoberta Menchú (*Me llamo Rigoberta Menchú y así me nació la conciencia*, de 1983) y el nicaragüense Omar Cabezas (*La montaña es algo más que una inmensa estepa verde*, de 1982). Para reivindicar una cultura

(una nación), la guatemalteca, debe aprender el idioma del «otro», y el testimonio se convierte entonces en un acto más de resistencia; para el revolucionario sandinista, la educación (de los campesinos, también la educación en la ontología de la naturaleza) se erige en el único medio para alcanzar la soberanía nacional.

Queda para el último capítulo del libro un apartado que constituye un auténtico desafío en la construcción del territorio nacional. Englobado bajo el título «Los Estados Unidos y la fragilidad de la nación», vendría a ser la parte más novedosa (e ideologizada) para la investigación latinoamericanista y en la que el autor desborda la emoción que había contenido en las fases precedentes. Se tratan diversos autores, Allan Bloom, los afroamericanos Cornel West, Beverly Daniel Tatum y Malcolm X y la escritora chicana Gloria Anzaldúa, que desde distintos presupuestos emprenden una nueva cartografía de la nación norteamericana.

Nieves-María CONCEPCIÓN LORENZO

